

si cooperáramos en diferentes ámbitos? ¿Se puede pensar en un nuevo INF, por ejemplo, que incluyera a Rusia, China, India y Corea del Norte? En un escenario de alianzas *ad hoc*, ¿qué se podría ofrecer a los países para convencerlos de formar parte de un proyecto más internacional?

La Unión Europea, el proyecto supranacional más ambicioso de la historia, debe intentar rediseñar sus alianzas y preparar una nueva estrategia para su proyección internacional. Puede empezar por sus vecinos más cercanos. La crisis en Siria nos demostró una vez más que la UE no está preparada para gestionar los problemas en sus fronteras. Cuando miramos a su vecindad, vemos que hay muchos frentes abiertos. Para empezar, está Turquía, el eterno candidato para la membresía de la UE y confín de la Unión con Oriente Medio. Por su importancia geoestratégica es uno de los socios más importantes para la Unión Europea. La colaboración en política exterior con este país tiene un papel muy importante, y ambas partes necesitan una relación que funcione. Si miramos hacia Oriente Medio, se ve que la región está en constante movimiento, y distintas potencias mundiales –como Rusia o Irán– miden sus fuerzas ahí. Está claro que el equilibrio en la zona es muy frágil, y se espera que la decisión de EEUU de retirarse lo debilite aún más.

Mientras, los Balcanes, cuyos países son candidatos o potenciales candidatos para ingresar en la UE, forman parte de un territorio en el que se libra una guerra de potencias. La influencia de China en la periferia inmediata de la UE se ha hecho cada vez más visible. Los Balcanes están mejor conectados gracias a la infraestructura que este país les ha dado. Estas inversiones aumentan el poder blando de China, al tiempo que desafían el dominio occidental. Por otro lado está Rusia, otro actor relevante para el futuro tanto de los Balcanes como de los países bálticos. La seguridad en la región depende de que haya buenas relaciones con Putin.

Todas estas realidades deberían forzar a la Unión Europea y sus Estados miembros a resolver sus problemas internos –empezando por el *brexit*– y a jugar un papel más asertivo en política exterior. El llamado orden internacional está amenazado por una gran competencia de poderes. La UE debe ganar protagonismo no en la tarea de salvarlo, sino a la hora de liderar su adaptación a las necesidades del siglo XXI. Muchos elementos del multilateralismo necesitan un reajuste. En la búsqueda del orden basado en reglas, la Unión Europea debe estar en la primera fila. En un mundo cambiante marcado por una gran competencia de poderes, la UE será poderosa cuanto más unida esté. —

ILKE TOYGÜR es investigadora del Real Instituto Elcano y profesora asociada en la Universidad Carlos III de Madrid.

Elecciones europeas 2019: los límites del rupturismo

LAURA BALLARÍN y
DÍDAC GUTIÉRREZ-PERIS

El guion para la campaña de las próximas elecciones al Parlamento Europeo parece estar escrito. Consistiría en presentar estos comicios como una batalla entre proeuropeos y antieuropeos. Entre un grupo que reúne a perso-

najes como Salvini, Orbán y Le Pen, frente a un grupo europeísta con Macron y Merkel, entre otros. Es una preconfiguración que no solo desplaza la batalla ideológica hacia una batalla de “causa”, sino que además parece configurar un nuevo escenario parlamentario posterior a la gran coalición. El Parlamento Europeo que salga de estas elecciones será un Parlamento atomizado y probablemente será el primero con los dos principales grupos con menos del 50% de los escaños. A esta nueva “narrativa” electoral se añade una curiosa paradoja: el frente antieuropeo ha adaptado su planteamiento para asumir una tramposa lealtad institucional. El mensaje ya no es salir de o acabar con Europa, como decían el UKIP o el Frente Nacional hasta hace dos años, sino supuestamente “cambiar de modelo”.

En este sentido, es probable que la campaña se convierta en un gran campo de batalla con un cuestionamiento existencial por debajo. Y si bien es cierto que el debate de fondo sobre el futuro de Europa es una de las tareas pendientes, las circunstancias actuales y el *momentum* antieuropeo obligarán a estar atentos a dos posibles riesgos. El primero, perderse en debates fútiles sobre la “identidad europea”, en un momento en el que precisamente la interdependencia hacia la que evolucionan nuestras sociedades está ejerciendo una presión sin precedentes sobre conceptos como “soberanía política” o “fronteras nacionales”. La necesidad de regular la globalización nunca ha sido más acuciante.



Precisamente por eso los que pretenden “recuperar el control” pueden esperar tener más éxito que nunca. ¿Es ese el debate que queremos tener?

El segundo riesgo es, si cabe, todavía más acuciante desde un punto de vista político. Se estarán ninguneando las preocupaciones a las que la ciudadanía mes a mes, eurobarómetro tras eurobarómetro, apunta con insistencia: la economía y los asuntos sociales, el medio ambiente y la transición energética o la inmigración.

Economía y asuntos sociales. Es probable que dos de los mayores éxitos del Parlamento Europeo y de la Comisión entre 2014-2019 –el Plan Juncker y el Pilar Social– ni se mencionen durante esta campaña. Son dos temas que en realidad requerirían un arsenal de propuestas para seguir el trabajo en 2019-2024. Respecto al plan, surgió de la iniciativa del presidente de la Comisión cuando asumió que su prioridad era “reactivar la economía y la inversión” después de los años de crisis. Y funcionó. Los 21.000 millones de créditos europeos se han transformado en 315.000 millones de inversión en 2018 para proyectos industriales, científicos y energéticos. Respecto al Pilar Social, se trata de un cambio copernicano en materia competencial. En noviembre de 2017, por primera vez en cincuenta años, el Parlamento, el Consejo y la Comisión abrieron la veda para empezar a regular y legislar en materia de derechos sociales, algo que hasta ahora había sido un jardín reservado a los Estados. En la práctica supone el pistoletazo de salida para que Europa avance en veinte puntos concretos que mejorarán la igualdad de oportunidades y de acceso al mercado laboral, las condiciones de trabajo y la

protección e inclusión social. Mientras estamos inmersos en nuestra cruzada europeísta, ¿existirá un debate programático sobre cómo dar continuidad a estos dosieres claves para poder dotar de un alma social al proyecto comunitario?

Medio ambiente. A pesar del interés demostrado de la ciudadanía por los temas que tienen que ver con la lucha contra el cambio climático y la transición energética, no parece que los medios ni la clase política dediquen suficiente atención a este enorme reto global. La UE se ha fijado una serie de objetivos ambiciosos en materia de clima y energía para 2020, como la reducción del 20% de las emisiones de gases de efecto invernadero o que un 20% de la energía consumida provenga de fuentes renovables. Asimismo, está liderando a escala mundial el compromiso con los Acuerdos de París de 2015. ¿Se debatirá durante la campaña electoral cómo adoptar finalmente estos compromisos, teniendo en cuenta el contexto global?

Migración y asilo. Más de 3,2 millones de refugiados han solicitado protección internacional en la UE desde 2015, muchos de ellos huyendo de la guerra en sus países de origen. Más allá del imperativo de resolver la emergencia humanitaria y política en el Mediterráneo, el periodo 2019-2024 oculta una trascendencia enorme para las relaciones UE-África, incluyendo las políticas de desarrollo en los países de origen. Se deberán renovar los Acuerdos de Cotonú firmados en 2000 –la hoja de ruta por la que se rigen las relaciones entre los dos continentes–, así como la implementación efectiva del nuevo impulso de la Asociación UE-África (adoptada en 2017). ¿Qué medidas se van a proponer en materia



Fotografía: EFE/Visual / Dinencia-Haria

Una gran sociedad europea

**BORJA LASHERAS y
BERTA HERRERO**

27

LETRAS LIBRES
MARZO 2019

de cooperación al desarrollo? En tanto que europeos, ¿qué soluciones vamos a aportar al tema, más allá de mejorar Frontex y plantear planes de reasentamiento para el asilo que luego los propios Estados son incapaces de cumplir?

Estas serán unas elecciones marcadas por los “nuevos antieuropeos” y un cierto rechazo tanto a los partidos tradicionales como a los viejos consensos que han determinado la agenda parlamentaria europea. El contexto es algo grotesco, ya que el abordaje ocurre cuando los enemigos más acérrimos —con poderosos aliados externos— ya no quieren destruir el proyecto sino hacer una Europa a su imagen y semejanza. Europa, en este sentido, se ha politizado. Bienvenido sea. El próximo paso sería politizar también sus contenidos, sus políticas. Y por ello, el “éxito” a largo plazo de estos comicios dependerá de desafíos de sobra conocidos: cómo generamos consensos amplios para seguir avanzando en la reforma de la eurozona y una Europa más social y productiva; cómo nos autoimponemos una política radical de lucha contra el cambio climático; cómo abordamos de manera conjunta y solidaria el reto migratorio; cómo avanzamos para legitimar y acercar las instituciones europeas a la ciudadanía. Hasta el más “eurorealista” de todos, el general De Gaulle, tenía razón cuando decía que no es suficiente con gritar como un cabrito “Europa, Europa, Europa”. Hay que hacerla. —

LAURA BALLARÍN es politóloga y asesora de relaciones internacionales del PSOE en el Parlamento Europeo.

DÍDAC GUTIÉRREZ-PERIS es politólogo y director de estudios europeos en el instituto de opinión pública Viavoice en París. Es autor de *Europa, Europa* (Endebate, 2014).

En *Cold war*, la película de Paweł Pawlikowski, Wiktor y Zula viven un amor desgarrado por fronteras exteriores e interiores. Con el trasfondo de la Polonia comunista de los años cincuenta, él huye a Europa Occidental en busca

de libertad y empieza una nueva vida en París, con todas las ventajas y oportunidades con que hoy sueñan muchos europeos no comunitarios cuando piensan en Europa. Zula le sigue y se convierte en una cantante de éxito, pero no es feliz. En una fiesta, Juliette, ex amante de Wiktor, le pregunta con condescendencia si no ha sido un “choque” venir a París, “con sus cafés, tiendas...”. Zula le responde fríamente que no. Su vida “era mejor en Polonia”.

Esta conversación refleja el abismo que aún hoy separa a millones de europeos. Se ha construido a partir de experiencias históricas diferentes, pero también de muros que cayeron hace décadas. Un orientalismo que nos presenta a las gentes de los Balcanes, Ucrania o el Cáucaso como pueblos incapaces de agencia y opinión propia e indefectiblemente sometidos a alguna maldición geopolítica (el poder de Rusia, “viejos odios étnicos”, etc.) de carácter natural y no producto del poder de decisiones y personas concretas.

Polonia hoy, por ejemplo, es una economía competitiva y un actor estratégico en el espacio europeo. Es, además, un laboratorio para la regresión democrática a la que conducen los movimientos nacionalpopulistas. Esta Polonia también produce movimientos cívicos de protesta, como el de las mujeres vestidas de negro contra la limitación del derecho al aborto, o figuras como la de Robert Biedron, alcalde gay de Slupsk. Biedron es partidario de una agenda social basada en la redistribución y el crecimiento sostenible.

Estas realidades divergentes se unen a la variedad de narrativas sobre lo que debe ser la UE, surgida precisamente por la ambigüedad que ha caracterizado al